

TERCERA ETAPA: ERA NORMAL QUE LA LUZ FUESE CEGADORA

Habíamos dejado a Pablo de Tarso cegado por una luz; casi sordo por la voz y hay quien dice que hasta en el suelo por caerse del caballo. Realmente ¿era para tanto?. El caso es que, entró en Damasco y se dedicó a orar y a buscar la voluntad de Dios; mientras tanto “el Señor” iba tejiendo sus planes y envió a Ananías”, un discípulo suyo a que le “aclarase” el futuro. Pablo se bautizó y todo volvió a comenzar para él.

A lo largo de su vida Pablo, fue comprendiendo todo lo que contenía aquella luz que le cegó en el Camino de Damasco. Aquí vamos a reseñar los contenidos más importantes. Como le ocurrió a Pablo por medio de Ananías, es la misma Iglesia la que nos trate la Palabra para abrimos los ojos y los oídos. La palabra de Pablo es Palabra de Dios a Través de la Iglesia

Quiero El lenguaje de la cruz, en efecto, es locura para los que se pierden; mas para los que están en vías de salvación, para nosotros, es poder de Dios. Como está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios y haré fracasar la inteligencia de los inteligentes.

¡A ver! ¿Es que hay alguien que sea sabio, erudito o entendido en las cosas de este mundo? ¿No ha convertido Dios en necedad la sabiduría del mundo? Sí, y puesto que la sabiduría del mundo no ha sido capaz de reconocer a Dios a través de la sabiduría divina, Dios ha querido salvar a los creyentes por la locura del mensaje que predicamos. Porque mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. Mas para los que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo que en Dios parece locura, es más sabio que los hombres; y lo que en Dios parece debilidad, es más fuerte que los hombres

Y si no, hermanos, considerar quiénes habéis sido llamados, pues no hay entre vosotros muchos sabios según los criterios del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Al contrario, Dios ha escogido lo que el mundo considera necio para confundir a los sabios; ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes; ha escogido lo vil, lo despreciable, lo que no es nada a los ojos del mundo para anular a quienes creen que son algo. De este modo, nadie puede presumir delante de Dios. A él debéis vuestra existencia cristiana, ya que Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría divina de salvación, santificación y redención. De esta manera, como está escrito, el que quiera presumir, que lo haga en el Señor. (I Cor. 1,18-31)

Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como campana que suena o címbalo que retiñe. Y aunque tuviera el don de hablar en nombre de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque mi fe fuese tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor,

nada soy. Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia, ni orgullo, ni jactancia. No es grosero ni egoísta; no se irrita ni lleva cuenta del mal; no se alegra de la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta.

El amor no pasa jamás. Desaparecerá el don de hablar en nombre de Dios, cesará el don de expresarse en lenguaje misterioso, y desaparecerá también el don del conocimiento profundo. (I Cor. 13, 1-8)

En cuanto a las consecuencias de esos desordenados apetitos, son bien conocidas: fornicación, impurezas, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, discordias, rivalidad, ira, egoísmo, disensiones, cismas, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes. Los que hacen tales cosas –os lo repito ahora, como os lo dije antes– no heredarán el reino de los cielos.

En cambio, los frutos del espíritu son: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre, y dominio de sí mismo. (Gál. 5, 19-23)

Pero Dios, que es rico en misericordia y nos tiene un inmenso amor, aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos volvió a la vida junto con Cristo - ¡Por pura gracia habéis sido salvados!-, nos resucitó y nos sentó con él en el cielo. De este modo quiso mostrar a los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia, hecha bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Por la gracia, en efecto, habéis sido salvados mediante la fe; y esto no es algo que venga de vosotros, sino que es un don de Dios; no viene de las obras, para que nadie pueda presumir. (Ef. 2, 4-9)

Si de algo vale una advertencia hecha en nombre de Cristo, si de algo sirve una exhortación nacida del amor, si vivimos unidos en el Espíritu, si tenéis un corazón compasivo, dadme la alegría de tener los mismos sentimientos, compartiendo un mismo amor, viviendo en armonía y sintiendo lo mismo. No hagáis nada por rivalidad o vanagloria; sed, por el contrario, humildes y considerad a los demás superiores a vosotros mismos. Que no busque cada uno sus propios intereses, sino los de los demás. Tened, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús. (Flp. 2, 1.5)

¿Qué más podemos añadir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no va a darnos gratuitamente todas las demás cosas juntamente con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios, si Dios es el que salva? ¿Quién será el que condene, si Cristo Jesús ha muerto, más aún, ha resucitado y está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?. Ya lo dice la Escritura: *Por tu causa estamos expuestos a la muerte cada día: nos consideran como ovejas destinadas al matadero.*

Pero Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas. Y estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni los poderes de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Rm. 8, 31-39)

PARA ORIENTAR LA REFLEXIÓN.

Parece que, por la extensión del apartado de textos, el contenido de la luz “tenía mucha miga”. Centralidad de la Cruz entendida como sabiduría nueva desde el servicio; el amor como vínculo de la diversidad y único permanente; la absoluta gratuidad del mensaje y del amor de Dios; la profunda convicción el amor inseparable de Dios para con sus hijos...

Os invito a que, en este tiempo personal dejéis que la luz que llegó a Pablo de Tarso os llegue a vosotros.

De todo lo recogido en los textos: ¿qué es lo que más te “deslumbra” en este momento?

**CUIDADO CON LOS DESLUMBRAMIENTOS;
PUEDEN TRAER GRAVES CONSECUENCIAS**

EL MENSAJE DE SAN PABLO

